

Baroja falta de su casa de Madrid

Por MARINO GOMEZ-SANTOS

Algunas personas de su amistad no lo saben todavía, y cuando se acerquen a su casa de Ruiz de Alarcón les sorprenderá la noticia del portero: "Don Pio no está en Madrid." Y entonces el visitante tendrá la misma sensación, igual sorpresa que si una mañana se levanta pacíficamente y ve que el pájaro falta en la jaula.

Una cosa era saber que, aunque no fuésemos a verle, él estaba en su casa, ayudando de un lado para otro o sentaio en la butaca de la biblioteca, y otra cosa es saber que no podremos verle hasta lo menos el mes de octubre.

La casa está cerrada. Vi cómo la cerraba Julio Caro, su sobrino, mientras yo mismo abría el ascensor en que íbamos a bajar los dos, don Pio y yo, con el maletín y la gabardina vieja que le vale en el otoño al novelista como un batín de franela.

La partida fué el viernes, diez. A eso de las nueve y media llegué a la casa. Me abrió Julio. En la entrada, junto al arcón, estaba ya dispuesto el equipaje necesaria para el veraneo. La casa tenía ese aire melancólico de las casas que se abandonan para un largo viaje. Todo estaba ordenado, recogido y con aire de circunstancias, como si los muebles y los cuadros fuesen seres conscientes, pequeños animalitos que se hiciesen cargo de la partida del amo y del encierro que se les preparaba.

Don Pio apareció por el pasillo, muy atildado, con un traje que yo no conocía, azul a rayas blancas. Era la primera vez que le veía con las botas puestas, aquellas botas que yo conocía porque estaban siempre en su mesa de noche. Además, se había anudado una corbata azul, a rayas blancas, igual que el traje. En aquel momento acababa de cenar.

Julio daba instrucciones al portero para que fuese bajando los equipajes. Don Pio y yo nos sentamos en la biblioteca, detrás de la mesa larga en que escribe, totalmente limpia de papeles. Estaban echadas las maderas de los balcones y en el salón no había más luz que la de la pantalla que usa para escribir. En los silencios de la conversa-

ción se oía el melancólico tic-tac del reloj de pesas, pausado, contando los pocos minutos que faltaban para la partida.

Julio me entregó el abrigo que debería llevar don Pio. Yo mismo le anudé al cuello el pañuelo blanco de seda y le ayudé a ponerse el abrigo. Tomé el maletín y la gabardina y bajamos en el ascensor.

Al llegar al portal, la mujer del portero salió a despedirse de don Pio: "¡Mañana, a estas horas, cómo nos acordaremos de usted!" le dijo.

Salimos a la calle. Uno de los taxistas, al abrir la portezuela del coche, se quitó la gorra y no pudo menos de exclamar, sorprendido: "¡Don Pio Baroja!" "¡Buenas noches, maestro!"

—Parece que este taxista me conoce —observó don Pio. ¡Hay que ver lo que supone esto de ser escritor en España!

—¡Le parece a usted censurable algo?

—Sí; eso de que sea necesario tener

que esperar a la vejez para que le llegue a uno lo que sería mejor que llegase en la juventud.

Arrancó el taxi. En otro, delante del nuestro, iba Julio Caro y la muchacha de la casa.

Al llegar a la fuente de Neptuno, que estaba iluminada, don Pio hizo restallar los dedos y lanzó un silbido: "¡Qué barbaridad! ¡Esta sí que es una ciudad que está así como bien!"

Arrimaba su cara a la ventanilla, abriendo mucho los ojos al milagro. "¡No conozco nada! ¡No sé por dónde nos lleva el coche!"

Yo le iba indicando: "Aquello, es el hotel Palace; esta calle, la carrera de San Jerónimo; ahora pasamos por las Cortes.

—Detras ¿no es donde vive "Azorin"?

—Eso es.

—¡Sigue con la manía del cine?

—Creo que sí.

—¡Hay que ver qué afición más in-

comprensible!

El taxi desembocó en Alcalá, hacia la Puerta del Sol.

—Y esas fuentes, ¿de dónde son?

—Son las fuentes de la Puerta del Sol.

—¡Ah, de la Puerta del Sol!—exclamó Baroja, muy sorprendido—. ¡Hay que ver cómo ha cambiado Madrid desde hace cuarenta años! Yo hace lo menos ocho que no he vuelto por aquí y no lo conozco.

Por Arenal, salimos al Palacio Real.

—Por aquí—observó—tiene una placa Amado Nervo. ¡Qué tío, aquel Amado Nervo! ¡Cómo engañaba, con aquel aire de señorito distinguido!

Al llegar a la estación, bajó del taxi y se cogió de mi brazo. Miraba a las paredes, a los techos, a un lado y a otro, sorprendido. Unas mujeres que le reconocieron nos venían siguiendo. Dos muchachas elegantes pronunciaron al pasar el nombre del novelista y se le quedaron mirando con unos ojos de ternura inefable.

Mientras tanto, él, sin darse cuenta, seguía mirando a las paredes y a los techos, restallando los dedos, asombrado de que Madrid tenga una estación con un reloj y unos pasillos tan grandes.

Pero al llegar al andén, asomó la cabeza, miró a izquierda y derecha y se asombró todavía más. La gente seguía reconociéndole. Unos soldados se quedaron como clavados en el suelo al reconocerle y empezaron a aplaudir. Don Pio se dio cuenta; dió media vuelta, se los quedó mirando, sonriente, halagado, y les dijo adiós con la mano. Por todo el andén había corrillos de gente que comentaban su presencia.

Al llegar a los coches-camas, dió un salto insospechado don Pio y se asomó a su departamento.

—Estó está bien. Seguramente lo habrán tomado de los trenes ingleses o americanos.

Colgamos varias gabardinas en unas perchas y, detrás de ellas, tapado completamente, quedó don Pio, esperando la salida del tren, sentado, con un maletín sobre las piernas.

Sacó el reloj y me lo dió para que lo colocase en el clavo, sobre la almohada.

Desde su rincón empezó a pensar en su casa de Itzea.

—Es una casa que no está mal. Tiene una biblioteca con bastantes libros. ¿Se acuerda usted si metí el "Fanodormo" en el maletín?—interrumpió.

—Sí; ha metido el "Fanodormo"; no se preocupe.

Ya tranquilo con saber que podría dormir cuatro o cinco horas, siguió la conversación, preguntándome, como todos los días, que si despuntaba algún escritor joven y que si había alguna obra reciente que mereciese la pena.

Un altavoz anunciaba que faltaban cinco minutos para la salida del tren. Don Pio se levantó.

—Adiós—me dijo—. Escribame usted y venga este verano por Vera. La casa creo que está bien; tiene una biblioteca con bastantes libros.

Me dió la mano grande, y luego un abrazo. Bajé del tren, con el abogado Estévez, íntimo de Baroja.

En el andén había mucha gente contemplando al novelista. El lo ignoraba. Pero cuando se acercó más a la ventanilla para despedirnos, sus tiernos y claros ojos tenían un brillo melancólico.

Alargó la mano otra vez, su mano grande, un poco temblorosa ya, en la que volví a ver una motita azul que tiene cerca de los nudillos.

Cuando arrancó el tren, todavía le seguí viendo, un gran trecho, entre la puerta del departamento y la ventanilla.

Mientras íbamos subiendo hacia el centro pensábamos en el silencioso piso de Ruiz de Alarcón, donde el reloj de pesas del comedor seguiría con su pacífico tic-tac. Y la cama en la que no se acostaba ni se levantaba el novelista. Y el armario de cristales del comedor. Y los cuadros de su hermano Ricardo. Y todo un redondo mundo barojiano, burgués, tranquilo a la luz de la pantalla de cretona, un mundo en el que se cena a las diez en punto, después de correr el largo cerrojo de la puerta...

En fin, todas esas cosas que se se piensan.